

# BUMPER STICKER Y LA PIRATA

ANDRÉS  
DIPILOTTI

Hacer tratos con  
ella requiere un  
gran coraje.  
O una gran  
inconsciencia.



# Bumper Sticker y la pirata

Andrés Diplotti

This book is for sale at <http://leanpub.com/bumper-pirata>

This version was published on 2016-04-09



This is a [Leanpub](#) book. Leanpub empowers authors and publishers with the Lean Publishing process. [Lean Publishing](#) is the act of publishing an in-progress ebook using lightweight tools and many iterations to get reader feedback, pivot until you have the right book and build traction once you do.



This work is licensed under a [Creative Commons](#)  
[Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported License](#)

# Índice general

1 . . . . .	1
<i>¿Esto es todo?</i> . . . . .	7

# 1

—La *translurpferenzia* de carga eshtá completa —slurpeó el slurper—. Capitán Sticker, les ha hecho un gran *serlrlrlrvicio* a los niños hambrientos de Fran-Franvi.

Sí, me imaginaba que debía ser un servicio condenadamente grande. Ochenta mil isolibras de mineral de nutranio en bruto deberían alimentar a muchos niños durante un largo tiempo.

No sé si lo dije alguna vez, pero los slurpers son una de las razas que más me revuelven las tripas. Sobre todo cuando llevan la lengua desenvainada, que es siempre. Tienen unas papillas grandes y sensibles que no solo son asquerosas de ver, sino que además pueden catar el color de la ropa interior de uno a una distancia de veinte radios. Que yo no tuviera bajo el pantalón nada que pudieran saborear no me tranquilizaba precisamente.

Este slurper en particular se las arreglaba para ser especialmente desagradable. Ondulaba la lengua de un lado al otro como la trompa de un tapirefante norkoriano. Gotas de su baba corrosiva dejaban manchas en las losetas que solo la muerte térmica sacaría. Me daban ganas de echarlo a patadas de mi Betty. Pero uno no echa a alguien que le debe dinero.

—Es un *placerlrlr* hacer negozios con ushted —sorbió.

—Mayor *placerlrlr* es cobrar.

—¡Ah, por*lr* supuesto! *Slurp*. ¿Dónde tengo la cabeza?

—Detrás de una lengua que los horrigusanos fétidos de Zanjara llamarían “mamá”.

No, no habría sido conveniente decir eso. Los slurpers son muy susceptibles con respecto a ese apéndice inflamado que tienen viviendo en la boca. Así que me limité a pensarlo. Por el momento.

Slurpi sacó un flexipaquete de doblantes y lo lanzó en mi dirección. Ese era mi pie. Cuando el paquete me golpeó la mano, yo ya estaba pronunciando mi bien ensayado parlamento de aquel drama inmemorial:

—Esto no es lo que acordamos.

—Oh. —Slurpi parecía auténticamente sorprendido. Él también conocía su papel—. Capitán, ushted enderá que...

—Lo que yo entiendo es que esto no paga ochenta mil isolibras de mineral de nutranio. —Ahora que lo miraba, era cierto: ni siquiera era suficiente para ochenta mil isolibras de nutranio refinado. Y el nutranio en bruto se valora más, porque contiene hierro.

—Pero, capitán —insistía Slurpi—, piense en... *Slurp...* en los niños hambrientos de Fran-Franvi.

—Y usted piense en las minas de nutranio de Kolad’Oor y sus condiciones tan insalubres. Piense en los obreros. En lo poco que duran y lo mucho que cuesta remplazarlos.

Slurpi estalló en una carcajada. Tuve que retroceder unos pasos para que no me salpicara.

—Bien, ushted gana —concedió al fin, y me lanzó otro flexipquete.

Así funciona el trato entre caballeros: yo me creía lo de los niños hambrientos, y él se creía lo de las minas. En realidad, sabía tan bien como cualquiera que hacía más de cincuenta sínodas que no había condiciones insalubres en las minas de nutranio de Kolad’Oor. Se habían acabado al mismo tiempo que las minas, los obreros y Kolad’Oor completo. El incidente estaba en todas las memorias históricas: el Imperio Palatar había querido hacerle una demostración de poder a su rival, la Alianza Rumilda, y se le había ido la mano. De nada sirvieron sus protestas de que no sabían que la hiperarma estuviera cargada, ni su intento de disfrazarla de una inofensiva lunita: las reparaciones fueron astronómicas. Se dice que ese fue el origen del refrán: “A los cañones láser de doscientos millones de fotowatts los carga el Príncipe de Tenebra Secundus”.

Aquello, por supuesto, había alterado radicalmente la economía del nutranio en todo el sector. Ahora, para conseguirlo bastaba acercarse a la que había sido la órbita de Kolad’Oor, guardar en la bodega un trozo del tamaño adecuado, y a continuación salir de ahí a toda velocidad antes de que llegaran los cazas de la Compañía Rumilda de Explotación Minera.

Pero yo no entiendo mucho de economía. Además, ponerme a charlar del asunto solo habría prolongado la presencia de esa cosa a bordo de mi nave. Así que lo despaché cuanto antes y me encaminé a la cabina a disponer la partida.

Ahí me lo encontré a Globo.

Si alguien puede imaginarse un microplaneta articial abandonado, erizado de edificios en ruinas, entonces lo compadezco, porque puede imaginarse a Globo. Las ruinas son en realidad las puntas de sus herramientas, pero el efecto sobre el ánimo es el mismo. Aquella cara inmóvil en un rictus de desaliento no mejora el panorama. Globo es la maqueta que contruyó el creador de la desolación.

—Desperdicio de espacio esférico —lo llamé—. Perversión del número pi. ¿Qué estás haciendo en la cabina? Deberías estar abajo, preparando a Betty para salir de esta piedra.

—Estoy haciendo un diagnóstico del sistema de navegación, jefe. —Tenía un par de herramientas de aspecto alarmante conectadas a un tablero.

—¿Eh? ¿Cruzamos un frente de tormenta magnético y se te frieron las neuroválvulas? El sistema de navegación funciona perfectamente.

—No lo creo, jefe. Nuestro destino era Ferruginor, pero terminamos en Beta Karoteni.

Conque de eso se trataba. ¿Por qué demonios llamaban a los mecanos “sistemas inteligentes”? Todos los que yo había conocido eran más idiotas que la suma de sus partes, y ninguno le ganaba a este. El cambio de destino tenía una causa mucho más sencilla: el cliente original solo me pagaba por el transporte del nutranio, mientras que los slurpers me habían ofrecido pagarle el transporte más la mercancía. Era una simple cuestión de lógica comercial.

Se lo expliqué en términos que pudiera comprender:

—Globo, si Betty no está lista para partir en un cuarto de horologio, te arrancaré las patas y tendrás que ir de un lado a otro rodando.

—No es recomendable, jefe. Mi capacidad de locomoción se vería seriamente...

—¡Abajo! ¡Ahora!

—Entendido, jefe.

Un tercio de horologio después, Betty derivaba serenamente, alejándose del asteroide que habíamos usado como base. Los sensores pasivos mostraban la nave de los slurpers haciendo lo mismo en dirección opuesta. Pasaría un rato antes de que fuera seguro usar sensores activos o encender los motores.

Ninguna de estas precauciones estaba de más en Beta Karoteni. Siempre hay piratas merodeando por el sistema. Y donde hay piratas, nunca faltan los gendarmes haciendo sus rondas. Es un lugar peligroso para el comercio independiente.

Por eso, la práctica usual es permanecer cerca de algún asteroide catalogado, de manera que nadie vea un eco extraño en sus instrumentos. Y, cuando llega el momento de partir, se hace con mucho cuidado, tratando de reducir al mínimo las emisiones y procurando presentar a cualquier sensor de largo alcance el perfil y comportamiento de un asteroide recién nacido.

Hay quienes dicen que toda la ciencia de la astronatología de planetas menores es solo la pantalla de una enorme operación de contrabando. Yo no entiendo mucho de eso.

Fuera como fuese, la maniobra me dejaba un buen rato en que no tenía nada que hacer, y lo aproveché como mejor sabía: comiendo y meditando qué uso dar a mis recién ganados doblantes. Sabía de algunos lugares de buena nota a no más de dos o tres parsecs. Podía pasar por las Mansiones del Azar y la Necesidad en Vegabis, donde los marajás pagan gustosos la mitad de sus fortunas por el privilegio de ser despojados de la otra mitad. O visitar los baños públicos de Lanto y sus despiojadoras de cuatro manos.

Lo que ciertamente no iba a hacer era responder a ese pedido de auxilio.

—*Ayudarl!* —sonó la voz de Slurpi, o de algún otro. Todos suenan igual con un rollo de carne callosa entre los dientes vestigiales—. *Auslurpxilio! Estamos siendo atacados por piratas!*

Oh, sí. Piratas. También ellos conocen el truco de esconderse en los asteroides. Y tienen un instinto especial para saber qué nave

lleva la carga interesante después de un intercambio.

Me metí en la boca un trozo de superpollo chirriano transfríto y subí el volumen. Cena con espectáculo. Y gratis.

Por supuesto, el imbécil tuvo que interrumpirlo.

—*Jefe, estoy canalizando potencia a los motores* —anunció—.  
*Estaremos listo en cinco...*

—Nada de eso, Globo —le respondí—. No pienso mover un dedo.

—*Pero, jefe, la Ley Galáctica de Astronavegación establece claramente que...*

—Ah, Globo, albóndiga de metal sin cerebro. ¿Cuándo aprenderás que el hecho de que la ley diga algo no significa que hay que hacerlo?

—*Jefe, debo insistir...*

—¡Silencio! Vuelve a tus asuntos y déjame comer en paz.

—*Entendido, jefe.*

—En medio horologio el lugar estará infestado de gendarmes. Tenemos que irnos. Además, no hay nada que podamos hacer.

—*Entendido, jefe.*

No era totalmente cierto. Había algo que sí podía hacer. Podía reclinarme y seguir escuchando los llantos del slurper. Cada vez se ponía más plañidero. No me gusta cuando sobreactúan tanto.

—*¡Oh...! ¡Glarg! ¡Es la Necrosis!* —gimió—. *Por los Siete Dulcísimos y Su Sabrosa Misericordia, slurp, ¡estamos siendo atacados por la Necrosis!*

El panel de comunicaciones quedó cubierto de superpollo chirriano semimasticado. Por lo menos la mitad había salido disparada de mi nariz.

—*La Necrosis!*

Yo conocía ese nombre. Todos en el sector lo conocían si no estaban muertos. Y, si lo estaban, muy probablemente era por no saber de la temible reputación de esa nave pirata.

Era la nave de Val Kirlian.

—*Auxilio! Slurp. ¡Socorrlrlrlrlrro!*

Esos pobres diablos estaban condenados. Val los dejaría sin un grano de nutranio, reduciría su nave a pedazos solo por diversión, y

colgaría sus lenguas como trofeos en su camarote. Cuando llegaran los gendarmes, no encontrarían más que escombros.

En ese momento tomé mi decisión.

—Globo, canaliza potencia a los motores. De inmediato.

—*Entendido, jefe.*

—No escatimes impulso. Tenemos que estar ahí cuanto antes. Y prepara aquel torpedo que reservábamos para una ocasión especial.

—*Entendido, jefe.*

Las naves ya estaban lejos, pero a través de las portillas se distinguían los destellos del combate. Sería un viaje corto.

Me acomodé frente a los controles y empecé a pulsar teclas. Sentí bajo los pies el estremecimiento de Betty, lista para la acción.

—¡Adelante!

Val Kirlian tenía fama de despiadada, pero nunca dejaba de compartir su botín con quienes le prestaban ayuda.

## **¿*Esto es todo?***

¡No! Esto ha sido solo una muestra gratis de *Bumper Sticker y la princesa emplumada*. ¡El libro completo también puede ser gratis! O puede abonar el precio que usted crea que vale. Encuéntrelo en: <[leanpub.com/bumper-pirata](http://leanpub.com/bumper-pirata)>.